

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 25 DE NOVIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.226

EL CABALLERO CASANOVA EN ESPAÑA



El caballero Jacobo Casanova de Seingalt llega a España hacia el año 1770. ¿Qué afán, qué deseo, qué idea empujan al caballero veneciano a emprender este viaje, largo y lleno de dificultades? Un buen

día sale de Burdeos, atraviesa las Landas, llega a San Juan de Luz, y desde allí, cruzando los Pirineos, arriba a Pamplona, a lomos de un mulo y en compañía de un escudero de alquiler.

Descansa, repone sus fuerzas y emprende la jornada hacia Madrid. Primero, el paisaje, el camino, los mesones, le parecen bien; después, no. Después se interna por unos vericuetos inextricables, tortuosos. Subidas y bajadas rápidas, escabrosas. Noches interminables en las ventas, frías e inhospitalarias.

El primer alto en donde reposa su cuerpo y en donde aquietta su espíritu con la contemplación y el recuerdo, es en Agreda, en tierras de Soria. Revive en él su época de los Plomos—su encierro y su evasión—, en cuyas horas de angustiosa soledad el libro de los éxtasis, de las místicas exaltaciones de sor María de Agreda, la visionaria, puso en su vida tumultuosa el paréntesis de una tregua y el bálsamo de un descanso.

Ya está en Madrid. En la calle de la Cruz hay un viejo café que es a la par hospedería. Allí se aposenta nuestro caballero. Elige la mejor habitación. Hace que la adornen, que la pulan, que la embellezcan. El abre sus cofres y de ellos saca telas ricas, valiosos encajes, que cuelga en los muros. Sus armas, bruñidas, relucientes, van a la parapeña, sabedoras de que pronto han de catar la sangre española.

Y el caballero Casanova se dispone a salir a la conquista de Madrid.

¿Quién es en aquellos días el caballero Casanova? Está ya en declive su juventud. Ha cruzado todos los pueblos de Europa. Ha brillado en todas las cortes fastuosas. Y en cada pueblo por donde pasó fué dejando la leyenda de su buena fortuna, la muestra de su valor y el aroma de sus galantes escándalos.

«Cultivar el placer de los sentidos, tal fué siempre mi principal ocupación» — ha dicho después el propio Casanova—. Y en efecto; bajo esta divisa campó por el mundo, adentrándose en los abismos

insondables del alma femenina, que siempre fueron para él claras y diáfanos regios, en las que penetró fácilmente, quién sabe merced a qué conjuros o por qué magos sortilegios. Como la vida del Lovelace de «Clarisse Harlowe», la suya deja una estela de picantes epigramas y un rico arsenal de anécdotas galantes.

Han llegado a oídos del caballero Casanova las alabanzas que en las cortes extranjeras se hacen de las mujeres españolas. ¿Qué más incentivos precisa un alma como la suya para correr a España? El, que ha desflorado todos los vergeles de amor, mira con nostalgia hacia un rincón del mundo en donde existe un jardín pomposo y floreciente. Y lle-

ga aquí con el ardiente anhelo de aspirar su eterno aroma de belleza y juventud.

El caballero Casanova piensa que no será mal introductor un servidor de su real majestad, y se alía con su amigo el gran pintor Rafael Mengs, que en aquellos días pinta al servicio de la corte española. Con él inicia sus primeras luchas. Luego hay un paréntesis cruel: Jacobo es preso, por una delación, y cae en manos de los inquisidores de la corte. ¡Adiós buena estrella! ¡Adiós mágicas ensoñaciones de bellas y recatadas mujeres, cuya virtud él quebraría con el imán irresistible de su mirada! ¡Qué denuestos lanza sobre la inquisitorial Es-

paña! ¡Cómo invoca la libertad de sus repúblicas!

¡Qué días pasa en la cárcel del palacio del Buen Retiro! A pocos metros de su mazmorra, mientras él llora compungido, el rey Felipe V, con su regia esposa, prepara las fiestas de las Pascuas. Y el caballero Casanova, que recuerda su buena estrella, se promete asistir a aquella fiesta y jugar en ella un principalísimo papel.

Y al fin, sale de la cárcel. El propio presidente del Consejo de Castilla, más poderoso en aquellos días que el mismo rey, le pide mil excusas y le acoge con una cordialidad y un tono que honran por igual a entrambos.

El caballero Casanova es ya célebre. A la par que la noticia de su encarcelamiento y su liberación, han corrido por la villa de Madrid las nuevas de su vida aventurera. ¡Qué curiosidad en las damas! ¡Qué hipóboles en los labios de los caballeros que quisieran emular sus glorias!

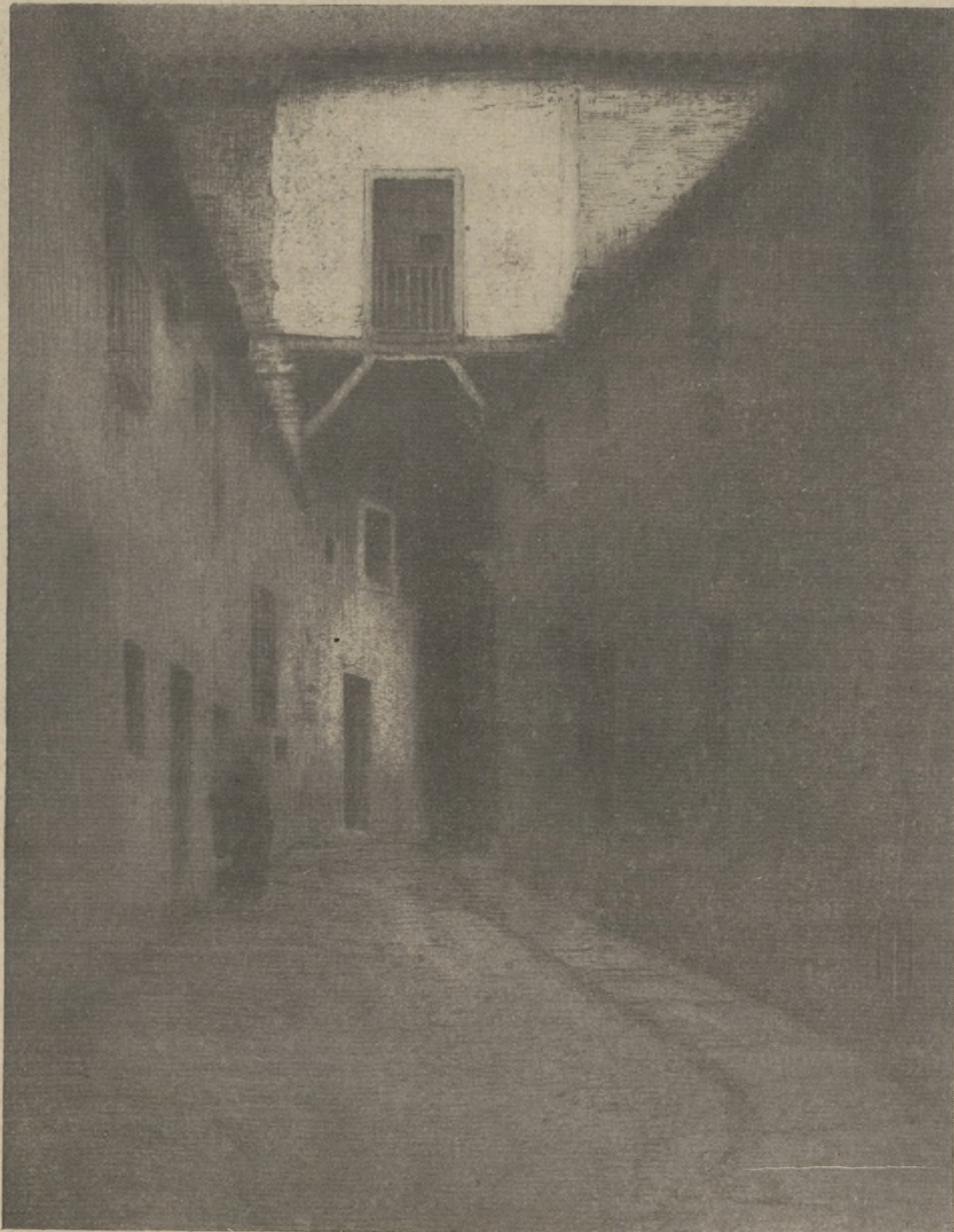
El aprovecha este momento, y una noche hace su presentación en un baile de máscaras. Un baile establecido por el propio conde de Aranda, en la célebre sala llamada los «Caños del Perab», en cuya sala, en uno de sus palcos, los padres de la Inquisición velaban por las buenas costumbres y por la decencia pública. De aquel baile, el caballero Casanova, aunque no nos lo dice clara, rotundamente, sale un poco desconsolado.

Camino de su casa, piensa en doña Ignacia, única aventura de su permanencia en España. Esta doña Ignacia, aunque de condición humilde, es, por su porte y por la dignidad de sus gestos y por la calidad de su belleza, una dama de alto rango.

El caballero Casanova agasaja, cumple, asedia a doña Ignacia. Estrecha el cerco, pinta con tintes recargados su pasión, y, al fin, la cándida paloma se enamora de amor del caballero veneciano.

¡Qué lucha para vencer las cosas más nimias e inocentes! ¡Qué batallas para conseguir las más sencillas y honestas concesiones!

Un día, doña Ignacia, entre copiosas lágrimas, le hace una revelación a su caballero. Ella se cree en pecado mortal. Aquel amor no es bueno. Se lo anuncia una voz interna que clama en su conciencia. Pero como se ve vencida, como la arrastra, como la fascina él con sus encantos, ha discurrido el medio de alejarle por el horror de la fealdad. «Y ella ha ido a ver a una muchacha que tenía las virtudes, y la tocó, con la alegría



UNA CALLEJA TOLEDANA, AGUAFUERTE DE E. NAVARRO

esperanza de coger su enfermedad y marchitar en su rostro las rosas fragantes y encendidas, de las que está preso su loco caballero.

¿Qué ha sido después de doña Ignacia? ¿No muestra este gesto bien patentemente de qué fuerte calidad era el temple de su virtud?

El caballero Casanova ha huido de España. Un desafío ruidoso en Barcelona le ha empujado de nuevo al otro lado de los Pirineos. Lleva una visión cálida y fuertemente emotiva de España. Piensa en doña Ignacia. Piensa que todas las mujeres españolas son como ha sido doña Ignacia. Piensa en las otras mujeres por cuyas almas ha pasado, y al ca-

lor de sus recuerdos reviven sus más fuertes sensaciones. De los demás sitios le queda un grato recuerdo, un poco borrado, un tanto esfumado, entre tonos de liviandad y caprichos fugaces. Un recuerdo agrídulce hecho del orgullo de su poder conquistador y del desencanto de la extrema facilidad de sus mujeres conquistadas.

De España guarda la perdurable emoción de aquella doña Ignacia que, antes de abrasarse en el fuego de un amor que ya quemaba sus entrañas, quiso abrazar las encendidas rosas de su rostro para que su amor fuese puro y sin mezcla de torpe deseo.

Emilio PALOMO

oposiciones con que tropezaba en su piadosa obra, y tal cual pasaje que pudo ser un admirable capítulo de novela, como aquel en que describe una noche de los Santos pasada con una compañera en una casa abandonada de Salamanca, que hasta el día anterior había servido de posada a unos estudiantes.

Sor Juana, aunque entró muy moza en el místico redil, sin duda por el recuerdo de aquel bien perdido, nunca pudo olvidarse del siglo, y así se rebeló contra las prohibiciones de escribir y estudiar a que solían condenarle sus superiores.

En prueba de esta protesta justísima, y para terminar este paralelo entre las

dos mujeres más insignes de nuestro parnaso, véase este bellissimo soneto:

"En perseguirme, mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento,
y no mi entendimiento en las bellezas?"

Yo no estimo tesoros ni riquezas,
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento
que no en mi entendimiento las riquezas.

Yo no estimo hermosura, que vencida,
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementida;

teniendo por mejor en mis verdades
consumir vanidades de la vida,
que consumir la vida en vanidades..."

Diego SAN JOSE

LA MADRE TERESA Y SOR JUANA

Ciertamente que ofrecen mucha ejemplaridad en las revueltas del mundo las vidas de estas dos insignes esposas de Cristo, que a un mismo tiempo sirvieron a la Religión y a las Musas, aunque a las últimas con bien distintas armas, según mi humilde opinión.

La madre Teresa ya es sabido que desde muy muchacha miró la Tierra como pequeño asiento para sus inquietos pies, y arrebatada por la llama del misticismo más puro, no vivió una hora ni escribió cosa que no fuese para loar a Cristo-niño.

Fémína inquieta y andariega la dijo el Nuncio apostólico, para quien, al parecer, no tenían grande ascendencia, ni los proyectos de la fundadora, ni las exaltaciones de la iluminada, ni las hermosas estrofas de la poetisa.

Juana de Asbaje, dama del estado medio, nacida en Nueva España, no pensó, durante los años primeros de su mocedad, en el recogimiento de la vida monástica para la continua contemplación del Amado.

En la flor de su vida, a los trece años, siendo ya de muchas gentes conocida, y admirado su vivo ingenio, entró en el palacio del virrey de México en calidad de dama de la señora virreina, que también se pagaba de comadre de las Musas, y tengo para mí (sin que a la verdad haya topado con hechos ciertos que me den razón) que habría de ser una académica de la culta pasta de aquella doña Inés que tan magistralmente dejó pintada Lope en su famosa comedia «La dama boba».

Así como la madre Teresa no tenía en el jardín de su ingenio más que flores místicas que adornaban el altar de su vocación y parecía no saber de más galanuras que aquellas que fueron aderezadas para la divina alabanza, aunque en el fondo, y aun a las veces en la forma, parecieren más propias para un galán de carne y hueso, Juana de Asbaje había compuesto rimas profanas, que unas veces eran romances circunstanciales; otras, sonetos amatorios, y algunas, jácaras y vejámenes, como aquel admirable sobre la mala opinión que acontece a los hombres tener de las mujeres. Nótese en esto, a pesar de la diferencia de sexo, que ella y don Juan Ruiz de Alarcón, entrambos paisanos, son quienes han hecho las mejores defensas femeninas, aun habiendo sido los dos poco honrados por las defendidas, pues que a sor Juana la maltrató la envidia, y el corcovado autor de «La verdad sospechosa» sufrió latigazos de la indiferencia y del desprecio.

La monja ha dicho:

"Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,

y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas."

Y Alarcón:

"¿Qué es lo que más condenamos
en las mujeres, el ser
de inconstante parecer?
Nosotros las enseñamos."

Juana Inés gustó en el palacio de su excelencia don Antonio de Toledo Molina y Salazar, marqués de Mancera, aros cortesanos y galantes, y parece que su corazón hubo de palpitar a los impulsos de una pasión vehemente, que no falta quien atribuya al virrey galán; pero éste, o teniendo en mucho las prendas de la joven, a la que no quería perder, o en más el amor de la marquesa, aparentó no darse por enterado, mientras algún otro aspirante a marido revoloteaba en torno a la gentil poetisa, la cual por esto entiendo yo que compuso este paradójico y bello soneto:

"Al que, ingrato, me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro al que mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor, hallo diamante,
y soy diamante al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata,
y mato a quien me quiere ver triunfante.

Si a éste pago, padece mi deseo;
si ruego a aquél, mi pundonor enojo;
de entrambos modos infeliz me veo.

Pero yo, por mejor partido escojo,
le quien no quiero, ser violento empleo,
que de quien no me quiere, vil despojo.

De este amor humano no se halla ninguna muestra en la madre Teresa, la que no parece que aquel que la puso en los altares, dando, por vía de credenciales, aquellas seráficas glosas, a las que sólo pudiera responder la suave y encendida inspiración de San Juan de la Cruz.

Dice la santa de Avila:

"Sácame de aquesta muerte,
¡mi Dios!, y dame la vida.
No me tengas impedida
en este lazo tan fuerte.
Mira que vivo por verte
y vivir sin tí no quiero,
que muero porque no muero..."

Sor Juana jamás habla de morir, y aun cuando desengañada del amor mundano—por ocultarse a llorar su derrota más que por devoción verdadera, recogióse en la paz del claustro y a la quietud de una celda—no olvida los pasos perdidos y compone rimas profanas y alguna comedia al uso, como «Los empeños de una casa» y «Amor es más laberinto».

Santa Teresa, esclava siempre de su vocación, escribe obras como «Las moradas», «El libro de las fundaciones» y «El camino de perfección», sin que en ellas deje más huellas de su paso por el mundo que el comenzar los trabajos y

LA MUJER EN LA TIPOGRAFIA

La intervención de la mujer en la vida social va despertando suspicacias en los hombres, que presienten, sin duda, la rivalidad profesional que en muchos oficios pueden presentarles las mujeres, a causa de poderlos desempeñar con igual pericia que ellos.

El que la mujer dedique sus energías interviniendo en los asuntos de los hombres, según dicen los que no han profundizado el problema feminista, no es cosa de nuestros días. En todas las épocas se han manifestado siempre mujeres animosas que han compartido con el hombre tareas profesionales que su talento y fuerza física han sido capaces de desarrollar.

La intervención de la mujer en la imprenta, por lo que a España se refiere, nos viene de larga fecha, de aquella que siguió al renacimiento que impulsara la egregia Isabel I, y en la que brillaron mujeres tan eminentes como Francisca de Nebrija, Luisa Sigea, Beatriz Galindo y tantas otras que honraron nuestras Letras, nuestro sexo, nuestra patria y nuestra raza. Una mujer, entonces, María Fernández, vecina de Alcalá de Henares, era la impresora de aquella Universidad que fundara el insigne cardinal Cisneros, y en la que cursaron humanidades tantos hombres ilustres, entre los que se cuenta Cervantes, príncipe de los ingenios.

Hé tenido en mi poder, habiéndomelo facilitado el superior de los Filipenses de Alcalá, el erudito y filósofo padre J. J. de Lecanda, un volumen impreso por María Fernández, en 1658.

Este libro, como casi todos los de aquella época, está encuadernado en pergamino e impreso en un papel parecido al que usamos ahora y denominamos papel pluma.

En la contraportada del citado libro se lee:

Yusta Poética.
Celebrada por la Universidad
de Alcalá Colegio Mayor de S.
Ildefonso: en el nacimiento del Principe de las
España.
Consagrada
Al Rey Nuestro Señor.

(Aquí hay un escudo real y sigue el texto.)

Publicada el Doctor Francisco
Ignacio de Porres, Catedrático de Griego
en las Escuelas Con-Plutenses
I Canónigo de la S. Iglesia
Magistral de S.
Yusto y Pastor.
Con privilegio
Impresa en Alcalá por María Fernández Impresora
de la Universidad. Año de 1658.

Elocuente es la lección para los que no ven con simpatía la intervención de la mujer en la imprenta, por creer que es una imitación del Extranjero.

En este sentido, y mirando a las necesidades de la vida moderna, entiendo yo que no hay profesiones meramente exclusivas del hombre ni de la mujer, siempre que uno y otra reúnan condiciones de capacidad para desempeñarlas debidamente.

En la imprenta muchas cosas están más indicadas para que las ejecute una mujer.

En la experiencia adquirida en los cuatro años que rijo la Escuela de Tipógrafas, fundada por mí, puedo afirmar que la mujer iguala, si no supera, en muchas cosas al hombre: en la composición de caja, en el manejo de la linotipia, en los trabajos de remendaje (estados, facturas, recibos, etc.), porque la mujer tiende más paciencia que el hombre y más refinado el gusto artístico para el adorno de los pequeños trabajos que llaman comerciales.

Como marcadora, la mujer sustituye igualmente, con ventaja, al hombre.

Sobre la máquina de imprimir, mis observaciones me han demostrado que el hombre la maneja mejor que la mujer, porque la máquina requiere una constante atención a que hasta ahora no está acostumbrada la mujer.

MI experiencia, adquirida al lado de los chibaletes, me asegura que, si bien la mujer puede ser eficaz auxiliadora en los trabajos de imprenta, no puede por sí sola desempeñar todas las operaciones que en estos establecimientos industriales se realizan. El ajuste y la imposición de las formas son penosísimas para que las haga una mujer, por las muchas horas que tiene que estar derecha y el esfuerzo que supone manejar los moldes que ha de poner en la rama y luego trasladarlos desde la platina a la máquina.

La composición de caja puede hacerla estando sentada. En nuestra Escuela tenemos banquetas apropiadas para ello.

Todo lo que sea útil para el aumento y perfección de la producción industrial no debe desdenarse, y el hombre hace muy mal en temer y recelar una competencia que no puede existir por parte de la mujer en las artes gráficas, donde, si la mano femenina es muy necesaria por lo que completa y perfecciona el detalle, no puede por sí sola, como ya llevo indicado, subvenir a todos los trabajos que precisa la obra tipográfica.

Cabe, sin embargo, suponer que en la dirección técnica de un establecimiento tipográfico puede desempeñarlo igualmente un hombre que una mujer, pues no de otra manera hemos de juzgar que así lo hiciera doña María Fernández, impresora, hace tres siglos, en la Universidad de Alcalá.

Celsia REGIS

LÍRICA MODERNA AMERICANA

Gloria

Gloria, por tu recuerdo alzo mi copa ahora,
ebrio de libaciones y loco de champán...
Pinta Dios en el cielo el cuadro de la aurora
y van a sus labores los infelices... Van-

contentos de sí mismos, y yo me quedo triste,
haciendo versos en un oscuro café...
Contrastes de la vida... Yo sé que me quisiste
y luego me olvidaste... Mas no sé cómo fué...

Era yo un jovencuelo atolondrado; tú,
una niña que usaba vestidos de nansú
y tenía unos negros ojos que no olvido,

a pesar de que tengo brumas en la memoria...
Por lo que te he soñado, por lo que te he querido
sin tú saberlo nunca..., alzo la copa, Gloria...

Schubert

Schubert... Escuela amada, la música divina...
La... Si... La... Re... La... Entona mi amada la canción.
Su voz es un sonido de campana argentina
que ocha a volar las tristes aves del corazón.

Schubert... Celeste pájaro. Ave maravillosa.
Sol... La... Sol... Re... Agrega la melodiosa voz...
(En la idílica noche hay perfume de rosa;
la luna tiene el trágico aspecto de una hoz.)

Schu'ert... Escucha, amada, nuestra canción querida...
Sol... La... Sol... Sol... Fa... Mi... Fa... El alma dolorida
parece que se queja en la dulce canción...

Schubert... La... Si... La... Fa... Amada, dame un beso;
quiero sentir, absorto en mi dulce embeleso,
ese Schubert divino que hay en tu corazón...

Asco

Y le dije al barquero: —Boga, muchacho, boga...
No es bien azul la mar y aún la costa diviso...
En este bajo fondo ni una rata se ahoga...
(El agua era un espejo; yo era un nuevo Narciso.)

Desconfianza en los claros ojos de mi piloto...
Temor de lo imprevisto, que le aturde y agobia...
Yo aventuraba el viaje hacia un lugar ignoto;
él evocaba, acaso, los ojos de su novia...

Cuán distintos entrambos... Boga, muchacho, a prisa...
Pon velas hacia el Este... Que te impela la brisa...
Al mar ves siempre listo como para una guerra...

Qué en mar y tierra en guerra perpetuamente estamos...
—¿Adónde vamos?— Diga, señor, ¿adónde vamos?
—No sé... Pero sepárame un poco de la tierra...

Agustín ACOSTA

El fantasma

Blancas y finas, y en el manto apenas
visibles, y con aire de azucenas,
las manos—que no rompen mis cadenas.

Azules y con oro enarenados,
como las noches limpias de nublados,
los ojos—que contemplan mis pecados.

Como albo pecho de paloma el cuello,
y como crin de sol barba y cabello,
y como plata el pie descalzo y lello.

Dulce y triste la faz; la veste zarea...
Así, del mal sobre la inmensa charca,
Jesús vino a mi unción, como a la barca.

Y brillantó mi espíritu la cumbre
con fugaz cuanto rica certidumbre,
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar, y me reintegra
la fe que salva y la ilusión que alegra;
y un relámpago enciende mi alma negra.

Salvador DIAZ MIRON

Pavos reales

La pompa.

Ser una cola de oro y pedrería
y un brutal grito azul..., y en su apogeo,
sentir arder en él, como el deseo,
todos los ojos con que admira el día.

Glorificar ante el amor sumise
la belleza total, perfecta y sola.
Presentir que en su grito y en su cola
desajaja un árbol de oro el Paraíso.

La rueda.

Crujiente crispadura de oro vivo
dilata, en su lujuria esplendorosa,
un viso de sutil flámula rosa
sobre el deslumbramiento convulsivo.

En penacho de estrellas, su hondo anhelo
abre al amor irresistible estuche,
y en la turgencia del ansioso buche,
profundo fuego azul inflama el cielo.

El orgullo.

Y todo él no es mas que oro, oro, esmeralda,
y oro otra vez, y vividos cianuros,
que ya apaga en relámpagos oscuros,
ya en espasmos flamígeros escalda.

Fuego de oro no más. De cuando en cuando
parece que lo atiza con sus alas,
y que en la cruel soberbia de sus galas
dos cuchillos de cobre está afilando.

La aurora.

Anticipando al sol, la ardiente rueda
alza en el prado, porque más resalte,
en un prodigio de ilusorio esmalte
la ilusión prodigiosa de su seda.

Maravillada así, su audaz derroche
aturde al día, y pone en lento giro
pestañas de oro al lóbrego zafiro
de los ojos tardíos de la noche.

La tarde.

El cielo funde ya su piedra fina
en el horno del sol, que tras el monte
va esmaltando el metal del horizonte
con los más bellos cromos de su mina.

Mordido de color en cada poro,
fríega de oro el metal su pulimento
y exorbita hasta el cenit un violento
pavo real verde delirado en oro.

La noche.

Desmaya el campo en la blandura inerme
de la noche feliz. Sobre el paisaje
serenamente azul, en su plumaje
de torvo pavo real, la sombra duerme.

Y hacia las blandas playas del olvido
vuelve la Vía Láctea su tesoro,
como la gigantesca cola de oro
de algún profundo pavo real dormido.

Leopoldo LUGONES

Paz

Vamos hacia los árboles... El sueño
se hará en nosotros por virtud celeste.
Vamos hacia los árboles; la noche
nos será blanda; la tristeza, leve.

Vamos hacia los árboles, el alma
adormecida de perfume agreste.
Pero calla, no hables, sé piadoso;
no despiertes los pájaros que duermen.

Alfonsina STORNI

El beso

Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve que tenía
la palidez de un lirio desmayado
y el palpitir de un ave en agonía.
Y sucedió que un día
aquella mano suave,
de candidez de lirio,
de palidez de cirio,
de palpitir de ave,
se acercó tanto a la prisión del beso,
que ya no pudo más el pobre preso,
y se escapó. Mas con tan rauda giro
voló la mano hacia el confín lejano,
que el beso que volaba tras la mano,
rompiendo el aire, se volvió suspiro.

Luís G. URBINA

Parábola de ciega

Por la orilla del mar, la virgen ciega
en la frescura vespéral camina.
Hay una risotada cristalica
en cada ola que a besarla llega,
y la ciega se inclina,
y pies y manos a la mar entrega.

La luz que nunca vió, salta en la blonda
mata de su cabello,
y se entreteje el último destello
solar con el zafiro de la onda.

Y aquel azul que se negó a sus ojos,
y los cambiantes rojos
vedados a su inánime pupila,
son como una canción que adentro canta
de su inocente juventud... La santa
placidez vespéral deja en su oído
el alma milagrosa del sonido;
el sonido en su vuelo la levanta,
y su vida se mece
donde la luz estorba y oscurece.

Quien divisa el celaje
flotante sobre el lírico paisaje,
y en los incendios rojos
del sol, fija los ojos,
en vano ausculta la callada vega
por oír la canción... Todo está mudo
para aquel que no pudo
abjurar de la luz como la ciega.

Enrique GONZALEZ MARTINEZ

El bufón

El enano rojo ríe en su jubón.

Corre su jocunda risa de bufón
que alegra la adusta corte del virrey.

En el cinto, el broche luce su carey;
sobre la joyeta, pende el bandolín;
al costado, inerte, cuelga el espadín,
y un mestacho absurdo se agita burión.

El enano rojo tiembla en su jubón.

Echa su cansancio sobre un escalón;
calla la senaja, quieto el cascabón;
enciende su cirio de amarilla luz
sobre esa alegría que oculta una cruz,
sobre esa algazara que esconde el temblor
de un pecho sin ansias, sin fe y sin amor;
de una vida viuda de anhelos y fin,
sombra que se empaña con vivo satin.

El enano rojo sangra en su jubón.

Lágrima es su amarga risa de bufón
que enmarcara vida sin Dios y sin ley.

¡Pobre vida inútil que es desolación
frente a la inconsciencia vasta del virrey!

El enano rojo llora en su jubón.

Alfonso CRAVIOTO

EL REY Y LOS REYEZUELOS

CUENTO PARA NIÑOS POR PINOCHO

ERASE un rey y unos pajaritos... ¡Digo!, no; el cuento no empieza así; lo de los pajaritos viene después.

Erase un rey que se había enamorado de una princesa, a la que sólo conocía por su retrato. ¡Juzgad si sería bella! Y le envió unos mensajeros, cargados de regalos magníficos, para que pidiesen su blanca mano.

Pero la princesa debía de ser tan orgullosa y caprichosa como bella; declaró que no consentiría en casarse con su pretendiente como no fuese él en persona, a pie y sin acompañamiento, a solicitar tan alto favor.

¿No es decía yo que el rey estaba enamorado? En lugar de incomodarse y mandar a paseo a la exigente y vanidosa damisela, se apresuró... a ponerse en camino.

Entre el país donde vivía nuestro rey —vamos, el del cuento— y el país donde vivía su amada princesa, mediaba un árido desierto de arena, completamente despoblado, cosa que en un desierto no tiene nada de particular.

Las primeras horas de marcha fueron agradables; era por la mañana temprano, el sol acababa de levantarse y su calor, todavía muy tolerable, era suavizado por una brisa deliciosa. Si en lugar de tratarse de un desierto se hubiera tratado de un parque, se hubieran oído a los pajaritos cantar en la enramada y las flores hubieran llenado el aire con sus más exquisitos perfumes.

Pero he aquí que poco a poco la brisa fué disminuyendo y el sol, por el contrario, aumentando su calor. Jadeante y sudoroso, apenas podía ya caminar el pobre rey; quiso beber un trago de agua para refrescarse, y destapó su cantimplora, que era magnífica, de oro macizo, con un corcho cuajado de esmeraldas. Pero la magnífica cantimplora se había calentado con los rayos del sol, de tal suerte, que el agua estaba casi hirviendo.

¡Cuánto mejor avió le hubiera hecho al monarca un thermo vulgar y sencillo, y cuán amargamente lamentó que no estuvieran inventados todavía!

Desde aquel momento el soberano empezó a sufrir los tormentos de la sed, el cansancio y el calor, más sensibles quizá para él que para un sencillo mortal, puesto que él estaba acostumbrado a no dar un paso como no fuera instalado en mullido palanquín, a saborear a todas horas los mejores refrescos y los más refinados sorbetes.

Al fin, el soberano cayó al suelo sin sentido, y ya le daríamos por muerto si... en aquel momento unas gotas de agua no hubieran humedecido sus labios secos, mientras una brisa fresca acariciaba su frente y sus oídos eran encantados por una música admirable.

El soberano abrió los ojos y vióse rodeado de una nube de lindos pajaritos que piaban armoniosamente, agitando las alas para darle aire y depositando en su boca unas gotitas de agua que cada cual traía en el pico.

Maravillado, encantado, agradecido y varias cosas más, el soberano exclamó:

—¿Por qué tenéis tantas bondades conmigo, pajaritos? ¿Acaso un día favorecí a alguno de vosotros, sacándole del agua, donde estuviera a punto de ahogarse, o librándole de las garras de un gato cruel? Yo no lo recuerdo.

—Señor — contestaron los pajaritos — eran abadejos, pero es un nombre tan

feo que no tardaremos en cambiárselo—: eso de hacer el bien por premio u obligación queda para los hombres; nosotros lo hacemos porque—modestia aparte—somos buenos, sencillamente.

Y cuando el rey, enteramente repuesto, pudo levantarse y proseguir su viaje, todos los pajaritos le acompañaron, volando sobre su cabeza, de tal suerte, que los rayos del sol no llegasen a importunar al augusto caminante.

Así el rey llegó, sin más incidentes, hasta el palacio de su bella princesa, y ésta, conmovida por tal prueba de amor, le concedió su mano y se tornó la más dulce y sumisa de las esposas.

las miguitas de pan y los granos de trigo que conquistamos a fuerza de trabajo y habilidad nos saben mejor que todas las golosinas del mundo regaladas. Bien distinto es nuestro deseo, y si nos atreviéramos...

—Hablad sin temor.
—Pues bien: deseáramos ser los reyes del aire.

—¿Los reyes del aire?—exclamó el rey, algo sorprendido por la pretensión singular de los pajarillos—. ¿Pero no lo es ya el águila?

—El águila lo es por su fuerza y su tamaño, y lo que nosotros ambicionamos es... ¡una corona de oro!

el águila, el pájaro soberbio y colosal, empezó a preguntarse con cierta inquietud si la realeza de los abadejos no llegaría a suplantarse efectivamente la suya propia.

Con tales éxitos había para ponerse tontos; si no lo hicieron los pajaritos con corona es porque seguían siendo tan modestos y sencillos como buenos; pero estaban locos de alegría y no se cansaban de hacer brillar al sol el regio emblema que cubría sus locas cabecitas.

Pero, ¡ay!, toda medalla tiene su reverso, y el de ésta fué terrible: un cazador despiadado y cruel—¡hombre había de ser!—vió volar un abadejo, e intrigado por el brillo singular de aquel objeto misterioso que llevaba en la cabeza, le apuntó con su escopeta, disparó y, ¡pum!, le mató de un tiro.

¡Cuál no sería la sorpresa del cazador al comprobar que de un tiro había matado dos pájaros, mejor dicho, había matado un pájaro y ganado una joya!

Dícese que los cazadores gustan de referir las proezas que realizan, y aun las que no realizan; éste, por lo visto, no hacía excepción, y tanto y tan bien fué contando su aventura, que el rumor cundió, y desde aquel día todos los cazadores, entusiasmados, se dedicaron a matar abadejos.

¡Pobres pajarillos! Perseguidos sin piedad ni tregua, ya no hubo para ellos un solo momento de quietud; al fin, los pocos que quedaban, desesperados por la pérdida de sus parientes y amigos y aterrados de miedo, fueron volando a referir su desdicha a su amigo el rey, que se conmovió mucho y hasta creo que lloró de pena.

—¿Queréis—les preguntó— permanecer en mi palacio al amparo de mi techo?

—¡Antes morir libres que vivir prisioneros!—exclamaron los pajaritos con sus picos más enérgicos.

—¡No quiero que os maten, amiguitos míos!—protestó el soberano—, y lo mejor sería quitaros esa corona fatal, que sólo os ha de proporcionar inevitables desgracias.

Pero los pajaritos le habían tomado gusto a su elevado rango, y renunciar a su corona se les hacía demasiado triste.

Entonces fué cuando al rey se le ocurrió una idea que a cualquiera de nosotros se nos habría, sin duda, ocurrido en un principio: mandó llamar a su mago—que tenía en aquella corte la categoría de algo así como un presidente del Consejo de ministros—, y obedeciendo sus órdenes, el mago fué convirtiendo sucesivamente las coronitas de oro... en coronas de plumas.

Luego, para consolar a los abadejos, un poquito apenados por el cambio, les concedió el privilegio de que sus hijos y sus nietos y hasta sus biznietos y, en una palabra, todos sus descendientes, nacieran ya con la corona puesta.

Finalmente, les cambió el nombre, que le parecía bastante feo.

¿No os dije antes que tampoco a mí me acababa de gustar?

Y les puso el de reyezuelos.

Y desde aquel día, a los pajaritos con corona los llamamos todos reyezuelos; todos, excepto algunos señores viejos y gruñones, y algunos libros muy gordos, de esos que con solo mirarlos dan ganas de bostezar.



Y aquí termina la historia del rey enamorado y la princesa altiva, y empieza la de los pajaritos bienhechores.

El rey no se olvidó de las encantadoras avecillas, a las que debía la felicidad y quizá la vida, y el mismo día de su boda las mandó venir a palacio y las habló en estos términos:

—Abadejos queridos: Aunque para el inmenso y desinteresado favor que me hicisteis no existe premio en el mundo, yo quiero, al menos, daros una prueba de cariño. Decidme lo que deseáis y yo juro concedéroslo, aunque ya supongo de antemano que será alguna provisión de cañamones en dulce, o una renta vitalicia de hojitas de lechuga en mermelada, o un crédito abierto de terrones de azúcar, o...

—Señor — le atajaron los abadejos—,

Una sombra de tristeza pasó por el rostro del monarca. ¡Una corona! De sobra sabía él lo que pesa en la cabeza de un hombre; ¿qué no sería en la de un pájaro?

Pero lo prometido es deuda; mandó venir a su orfebre y le hizo el encargo. Tanto se esmeró el señor orfebre, que las coronitas, finas y airosas, que construyó, más parecían de encaje que del rico metal.

Los pajaritos, encantados, volaron muy alto, por los aires, y todos sus compañeros se quedaron picoabiertos ante su regia munificencia.

El pájaro mosca apenas se atrevía ya a hacer tornasolar sus irisadas plumas; el pavo real sintió tal despecho, que se apresuró a cerrar su cola maravillosa que tenía vanidosamente desplegada. Y

Dibujo de BARTOLOZZI.

PINOCHO

EL MICROBIO DEL CANTO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE ENRIQUE DOMÍNGUEZ RODIÑO

Joaquinito Romaguera, de no haber poseído una memoria tan extraordinaria, hubiera sido zapatero, como su progenitor, dueño de una fábrica de calzado en San Martín de Provensals. Pero su maestro de primeras letras, asombrado ante aquel prodigio de retentiva, aconsejó que el chico cursase estudios superiores. Y entonces sus padres decidieron que «el Quimet» hiciese el bachillerato. El muchacho era más bruto que una mula; pero todo cuanto leía se le quedaba impreso en la mollera, sin esfuerzo alguno, como en una placa de gramófono. Y así terminó el bachillerato, habiendo obtenido matrícula de honor en todas las asignaturas. A los exámenes llegaba siempre Joaquinito sin saber una jota de nada, pero pudiendo recitar de corrido, sin olvidarse una fecha, un guarismo, ni una coma, el contenido íntegro de todos los libros de texto, aun de los más farragosos e indigestos, que suelen ser casi todos los libros que para la enseñanza oficial se usan en España. Ya bachiller, y consultado acerca de sus preferencias para la elección de carrera, Joaquinito Romaguera, que no tenía más vocación ni pensaba en otra cosa que en comer y en desarrollarse —comía por siete y crecía y engordaba que daba miedo—, dijo que lo mismo le importaba una carrera que otra. Corro todo sería cuestión de aprenderse libros de memoria, le tenía sin cuidado que fuesen de medicina o de filosofía, de bellas letras o de ciencias exactas. Un amigo de los padres, carnicero y concejal del Ayuntamiento de Barcelona, opinó que «el Quimet» debía estudiar leyes. Los abogados no necesitan tener talento, les basta con tener memoria; y como aquel pequeño hipopótamo la poseía tan prodigiosa, sus triunfos en el foro, disparando a granel y al pis de la letra artículos del Código, serían innumerables. Con matrículas de honor también en todas las asignaturas, a los veintidós años Joaquinito Romaguera era ya abogado. Los padres, llenos de vanidad y enriquecidos con la fábrica de calzado, determinaron, para el mayor lustre de la familia, que Joaquinito ingresase en la carrera diplomática. Era hijo único y bien podían permitirse con su asombroso retortío aquel lujo, accesible a tan pocos por lo extraordinariamente caro que resultaba. Pensado y hecho. En las primeras oposiciones que se convocaron se presentó «el hereu» y obtuvo el número uno de su promoción. Entre los puestos vacantes había uno de agregado en la Embajada cerca de la Santa Sede, y Joaquinito, a instancias de su madre, que era muy buena cristiana y quería deslumbrar a las demás feligresas de su parroquia, optó por él. Se le surtió bien

de ropa y de dinero, y, poco tiempo después, Joaquinito Romaguera se embarcaba en Barcelona para Génova, camino de Roma.

Joaquinito era un muchacho alegre y optimista, para el que la vida no tenía

un toro, hacen juegos malabares con bolas de cañón y sostienen un piano con el pianista sobre la bóveda de su panza. En cambio, era bueno como el pan, franco y leal, inocente hasta la mentecatez en ocasiones, y, muy sensible al halago, generoso y despilfarrador hasta pecar

nova, «la Superna», y visitar su famoso cementerio, visita de la que no podía eximirse turista alguno que se estimase en algo, le bastarían las cuatro horas que mediaban entre la llegada del barco y la salida del expreso para Milán. Turín era muy frío y, aunque bastante alegre, podía dejarlo para mejor ocasión. Bolonia, demasiado aburrida y severa. Pisa, un pueblo sin atractivo alguno; su famosa «torre inclinada», la obra de un confitero cursi, una «mona de Pascuas» que no valía la pena de hacer el viaje; claro que para poder decir que la había visto, porque si no tanto le valiera confesar que no había estado en Italia, debería comprarse unas postales en cualquier parte. Joaquinito aceptó y agradeció el plan. Decidido: dividiría su mes, por partes iguales, entre Milán, Venecia y Florencia. Desde Roma iría luego a Nápoles, y después, para no criar mohos en Italia, a pedir en seguida un traslado. A cualquier otra nación de Europa, y si no, a Extremo Oriente o a América. Lo mismo le daba. La cosa era correr mundo y poder divertirse a sus anchas.

Una vez en Milán, e instalado en un «albergo» muy confortable de la Piazza Mercanti, Joaquinito Romaguera se fué a ver la catedral, aquel Duomo bellísimo del que tanto le habían hablado. No le maravilló gran cosa: una mole inmensa de natillas erizada de púas que a él se le alojaban pararrayos. Desde luego, las figuras con que remataban muchas de las agujas, como unos monigotes que estuviesen haciendo equilibrios en el aire, le llamaron la atención y, recordándole cosas de circo, le hicieron mucha gracia. También el fiero Vittorio Emanuele I, con sus recios nostachos, jinete en un enorme caballo de bronce, frente al Duomo, le pareció una cosa muy divertida. Luego, después de dar una vuelta por los soportales de la plaza, llenos de magníficos escaparates, ante los que se embobaba a cada instante, admirando bellos palmitos y asombrándose cada vez que se tropezaba con una pareja de solemnes «carabinieri», tocados con aquellos bicornios tan descomunales, se entró por la Galería, el alma de Milán, salón único en el mundo, Lonja y jau-



más que mimos, llena de incesantes y magníficas revelaciones. Simple de espíritu y sin complicaciones interiores, no tenía otro defecto que el de ser algo vanidosillo y petulante. Estaba orgulloso de su memoria, que él creía talento, porque así se lo habían dicho muchas veces; pero aún más lo estaba de su corpulencia y de sus músculos vigorosos. De haber dependido de él, Joaquinito Romaguera hubiese sido atleta profesional, de esos que se presentan en los circos vestidos de gladiador romano, derriban

en pródigo, con todo el que se topaba. Cuando Joaquinito se vió solo a bordo, libre de la tutela paternal, la bolsa bien repleta y el mundo abierto por delante, se sintió completamente feliz y lanzó al aire unos «viscas» estrepitosos. ¡Lo que él se iba a divertir en Italia! Tenía un mes de plazo para presentarse en Roma a ocupar su puesto, y se proponía aprovecharlo bien. Un compañero de viaje le dió hecho el programa: diez días en Milán, otros diez en Venecia, y en Florencia los diez restantes. Para conocer Gé-

la sin par a un mismo tiempo, llena a aquella hora «prima pranzo», de la muchedumbre más abigarrada y pintoresca. —¡Quimet! ¡Quimet!

El asombro de Joaquín Romaguera al descubrir que quien así le llamaba, desde la terraza del café Biffi, era su gran amigo Pedro Rovira, no tuvo límites. Corrieron el uno al encuentro del otro, y dando grandes voces se estrecharon en un fuerte abrazo.

—¡Peret, pero tú en Milán!
—Y tú, Quimet, ¿qué haces en Italia?

Se contaron. Pedro Rovira, partiquino de zarzuela grande en un teatro del Paralelo, de Barcelona, había estudiado el bachillerato con Joaquinito Romaguera. Muertos sus padres, muy mala cabeza él y creyéndose en posesión de una estúpida voz de tenor, se dedicó al arte lírico. Su sueño era Italia, Milán. Para hacerse cantante y llegar a serlo famoso era preciso estudiar en Milán. Un día, aprovechándose de un descuido de su amante, una de las «estrellas» que actuaban a la sazón en el «Edén Concert» —por la que también había bebido los vientos el hijo del zapatero, muy aficionado a «cabarets» y «cafés cantantes», se apoderó de sus joyas— casi todas falsas— y de tres mantones de Manila, reunió con su venta unas tres mil pesetas, y al día siguiente se embarcó para Italia. Claro que Pedro Rovira no se lo contó así a su antiguo compañero de Instituto, sino que le habló de un generoso Mecenas que le había salido en Reus, oyéndole cantar «Marina»; un comerciante muy rico, que se quedó prendado de su voz y le señaló una pensión de cuatrocientas pesetas mensuales para que pudiese estudiar en Milán durante dos años. El flamante diplomático sabía lo de la «estrella»; pero se hizo el ignorante y felicitó a Pedro Rovira por su gran fortuna, con palabras de mucho encomio para el Mecenas reusense.

—Sí, chico, ya lo ves—terminó Pedro Rovira—; lo que yo te decía siempre: en esta garganta tengo una mina de oro. Luego, mientras tomaban el aperitivo y el futuro Gayarre le hacía a Joaquín Romaguera el panegírico de Milán y le prometía unos días felicísimos bajo su tutela y guía, le fué revelando nombre y condición de toda la gente conocida que desfilaba ante ellos por la Galería.

—Mira, ese es Marinetti, el apóstol del futurismo. Está más loco que una cabra.

—Esa es la Graciella Paretto. Se llama Paret, ya lo sabes; tan catalana como tú y yo. Pero, chico, hay que italianizar los apellidos si se quiere ser algo en el «bel canto». No te extrañes si a mí, que me llamo Rovira, y a mucha honra, me oyes llamar Roviroli, el tenor Roviroli. No hay más remedio.

—Ese es Martelli, un tenor muy malo, pero con mucha suerte. Dicen que va a ser el heredero de Caruso. Por de pronto, en el Metropolitan de New-York, le pagan tres mil dólares por noche. ¡Más de quince mil pesetas!

—Mira, por ahí va D'Annunzio con su cara de chico!

—¿Ves ese muchacho con el gabán de pieles y la cara aceitunada? Es egipcio, tiene una voz de tenor maravillosa. El Khedive le pasa una pensión de quince mil liras mensuales. Así se puede estudiar. Y no como nosotros, los españoles, que venimos aquí con una miseria.

Joaquín Romaguera estaba encantado. El hallazgo de su amigo había sido verdaderamente providencial. No se apartaría un momento de su vera, y pronto Milán no tendría secretos para él. Pedro Rovira se reunía en el café Biffi con sus amigos, estudiantes de canto como él y casi todos compatriotas. A medida que llegaban se los fué presentando. Luis Vidal, de Tortosa, gordo como un tonel, barítono de grandes esperanzas, que se embutía en un gabán de pieles de carnero merino, imitando astracán; usaba un chambergo gigantesco y tenía la manía de estar vocalizando a todas horas, dondequiera que se hallase, emitiendo las notas a pleno pulmón, con gran espanto de los circunstantes. Tomás Rodríguez, gaditano, tenor, que ya había cantado en Italia, en teatros de tercera categoría, con el nombre de Tommaso Rodríguez, muy fatuo y engreído. Don Remigio de la Cerda y Tablan-

tes de Escosura, burgalés, pequeño y chupado, doctor en Ciencias exactas, con más de cincuenta años auestas, uno de los tipos más conocidos y pintorescos que pululaban por Milán; era tenor y sostenía que el timbre de su voz era el mismo que el de Aramburu, el famoso competidor de Gayarre; don Remigio llevaba más de veinte años en Milán, con un repertorio de siete óperas, esperando, con incommovible seguridad, en el día, que no llegaba nunca, de su portentosa revelación, achacando a envidiosos y enemigos el que todavía estuviese inédito el celestial torrente de su voz. Había también otro tenor, Salvador Aymat, un muchacho modesto y silencioso, pensionado por el Ayuntamiento de su pueblo, Olot, de cuyas magníficas dotes para el canto se hacían lenguas sus camaradas, augurándole un espléndido porvenir. Ramón Carreras era un mallorquín que había llegado a Milán hacía diez años, seguro de triunfar con sus gorgoritos de ruiseñor y que, habiéndose desengañado un día—*rara avis*—, y no queriendo volver a su tierra confesando su derrota, se había fijado definitivamente en Milán, dedicándose al comercio en comisión. Carreras era un tipo muy gracioso, y se expresaba en una jerigonza castellano-italo-baleár que hizo desternillarse de risa a Joaquín Romaguera, así que lo oyó hablar. Finalmente, se reunía también con ellos una amigueta de don Remigio de la Cerda, sobrina de un celeberrimo maestro de canto, con quien vivía. Se llamaba Gina Camuffo, muy agraciada de rostro, mimosa y melosa hasta empalagar. Se tenía por una contralto sin par y se llamaba a sí misma la «divina Gina».

El joven diplomático de San Martín de Provensals vivía en el mejor de los mundos posibles. La pintoresca compañía de Pedro Rovira y sus adláteres le hizo olvidarse de Venécia y Florencia, y hasta de Roma y de su puesto de agregado en la Embajada de España cerca de la Santa Sede. Por su parte, el partiquino del Paralelo y las incógnitas cantantes que integraban la pandilla, no eran menos felices. La bolsa de Joaquín Romaguera estaba constantemente abierta para ellos. De continua cuchipanda, bebiendo de lo mejor, fumando de lo más aromático y corriéndola en grande por los «cabarets» de más rumbo, nunca conocieron aquellos «divos» en cieme época tan fastuosa y espléndida. La «divina Gina» era de puro almibar para el generoso Joaquín, a quien llamaba «il mio piccolo Maquiavelo». Lo de «piccolo» no le agradaba gran cosa al hijo del zapatero, muy pagado de su extraordinaria corpulencia; lo de Maquiavelo le hacía reír estrepitosamente; no sabía por qué, aunque sospechaba que era porque de la carrera diplomática se le daba a él una higa.

Una tarde, en el frontón de pelota vasca, hallándose Joaquín Romaguera y sus amigos en un palco, porque una pelota mal dirigida por la cesta de uno de los pelotaris fué a parar a un palco cercano, y dando con gran violencia en el sombrero hongo de un señor muy estrafalario que contemplaba con gran interés la partida, puesto de pie sobre una silla para mejor dominar la cancha, le derribó por el suelo, Joaquín Romaguera rompió a reír con la risa más extraordinaria con que jamás se haya reído ser humano alguno desde los tiempos de Homero. Fué una risa tan poderosa que pareció hinchar todos los ámbitos del frontón con sus formidables ecos. Y de tan fulminante virtud contagiosa, que todo el público que llenaba la sala, como a una voz de mando, estalló en

una carcajada estruendosa y unánime. Hasta los propios pelotaris tuvieron que suspender el juego para reírse a todo trapo, aunque sin saber de qué ni por qué causa.

Cuando se extinguió el último eco de la imponente carcajada, Gina Camuffo, con tanta admiración como sorpresa, dijo:

—¿No han notado ustedes la formidable voz que tiene «il nostro piccolo Maquiavelo»?

Como si las palabras de la «divina Gina» hubiesen sido una revelación del Espíritu Santo, todos se sintieron inflamados por la misma verdad. En efecto; todos habían hecho la misma observación desde el día que conocieron a Joaquín en el café Biffi. Tenía un torrente de voz tan caudaloso como el Amazonas o las cataratas del Niágara. Aquella carcajada verdaderamente homérica que había lanzado momentos antes, como la de Danton ante el tribunal revolucionario, conmoviendo todo el frontón con estruendos de terremoto, era un indicio irrefutable. Con aquella garganta privilegiada y aquellos pulmones de gigante se podrían conseguir maravillas en el «bel canto». Joaquín Romaguera podría llegar a ser el primero de los «divos» del mundo.

El pequeño Maquiavelo barcelonés rompió a reír nuevamente con renovado ímpetu. Aquello de que él podía llegar a ser un gran cantante le divertía extraordinariamente.

—¡En efecto!—exclamaba, dando grandes gritos, mientras se oprimía con ambos puños los ijares para contener los borbotones de su risa volcánica—. ¡En efecto; yo tengo un gran torrente de voz! ¡Pero no para cantar, sino para mugir, como una vaca o un rincoceronte!

Todos protestaron. Y con más calor que nadie Pedro Rovira y Gina Camuffo. Pedro Rovira se mostraba tan ufano del descubrimiento, que estaba pálido de emoción. Hubiese dado con la piedra filosofal o con el movimiento continuo y no sería mayor su entusiasmo.

—No seas idiota—le dijo al alborotado diplomático—; no sabes lo que tienes.

—Lo que sí sé—respondió Joaquín Romaguera—es que no he nacido para cantar; no tengo oído ninguno. No soy capaz ni de tararear la canciocilla más pegadiza y en boga.

—Eso no importa—interrumpió la «divina Gina»; lo principal es tener voz. El oído se educa. Maestros de canto hay en Milán que hacen milagros.

—Aquí, lo más indicado—dijo Luis Vidal—es que le probemos la voz a nuestro amigo Romaguera. Ciertamente que los indicios no pueden ser más elocuentes. Pero es preciso convencerse como Dios manda. Todos nosotros entendemos de esto y habremos de ser sinceros con él.

Justo. Nada más acertado. Había que probarle la voz. Las protestas de Joaquín fueron cada vez más débiles. Dejó de reír y hasta su semblante adquirió una seriedad inusitada en él.

—«Poveretto!»—exclamó en voz baja Ramón Carreras, dirigiéndose a don Remigio de la Cerda y Tablanes de Escosura—. ¡Ya está al borde del abismo!

El viejo doctor en Ciencias exactas se encogió de hombros.

Convenido en que le probarían la voz en su mismo «albergo», comieron antes todos, a expensas de Joaquín Romaguera, copíamente. Luego dieron unas vueltas por la Galería para hacer la digestión—con el estómago lleno no se podía ni se debía cantar—, y, finalmente, se trasladaron todos a la Piazza Mercanti.

Al ir a probarle la voz, la perplejidad de Joaquín Romaguera no tuvo límites.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?—preguntó, muy embarazado.

—¡Hombre, canta algo; lo que tú quieras!—le dijeron todos, animándole.

—¡Pero si es el caso que yo no sé cantar nada!—exclamaba el misero, rojo como un pimiento—. ¡Ya os dije antes que no tengo oído ninguno!

—¡Pues entonces—le dijo Pedro Rovira—da unos gritos con toda la fuerza de tus pulmones!

Por fin, a fuerza de ruegos y de palabras animosas, vencida su timidez primera, se puso en claro que Joaquín sabía cantar algo. Poco, pero lo suficiente y variado para poder examinar su voz en todos los tonos y matices. Sabía cantar el «Costas las de Levante», de *Mari-na*; el «Cesó la tormenta», de *La tempestad*; los coros de *Bohemios* y *Alma de Dios*, y un cuplé de la Raquel: «El que a hierro mata, a hierro muere.» También conocía unas «granadinas» del Mochuelo y la «jota» de *La alegría de la huerta*; pero reconocía que las cantaba muy mal y no se atrevía.

Los gritos, bufidos, rugidos, mugidos, maullidos, kikirikís, balidos, aullidos, lardidos, relinchos, rebuznos y demás locuras que cometió «il piccolo Maquiavelo», cada vez con más ánimos y redobladó impetus, hicieron retremir todo el «albergo» y se oyeron hasta en la misma Plaza del Duomo. Cuando mayor era el entusiasmo del bizarro diplomático y más fervorosos los «bravos» y felicitaciones de sus amigos, abriéndose violentamente la puerta de la habitación, irrumpió en ella, como una tromba, el patrón del «albergo».

—«Perbacco!»—rugió, lleno de cólera—. ¡Es esto el cuarto de un «albergo» distinguidísimo o la jaula de una *menagerie*! ¿Quieren ustedes arruinarme? ¿No saben ustedes que las Ordenanzas municipales prohíben, bajo multas severísimas, «vocalizar» después de las diez de la noche?

Cuando el hostelero, ya calmado, se retiró, Pedro Rovira le dió explicaciones a Joaquín. En efecto: estaba prohibido, bajo multa, «vocalizar» después de las diez de la noche. Se comprendía. Ascendían a varios miles los estudiantes de canto que había en Milán—*cantanti o tanti cani*, como se les llamaba—; si se les permitiese «vocalizar» de noche, no habría ciudadano alguno que pudiese entregarse al sueño sin sobresaltos. Ellos se habían olvidado de la hora que era y por eso se había alarmado de aquel modo el patrón.

Olvidado el incidente y vuelto el entusiasmo, todos estuvieron contestes en declarar que Joaquín Romaguera poseía una voz colosal. En lo que no se pusieron fácilmente de acuerdo fué en la clasificación de aquella portentosa voz. Mientras los unos decían que era de barítono, los demás afirmaban que era de tenor. Por fin, convinieron en que era de «barítono atenorado» y que sólo el maestro que se encargase de su educación lírica, después de exámenes muy concienzudos y detenidos, podría enjuiciar con seguridad.

—Porque tú, Químét—le dijo Pedro Rovira—, no seas tonto, y dedícate al canto. Con esa voz tienes asegurado un espléndido porvenir. La diplomacia no es para tí. Es una carrera sin perspectivas: llegarás a embajador, si es que llegas, cuando ya seas viejo y estés en los umbrales de la jubilación. En cambio, con el canto, el mundo entero será tuyo, la gloria, el dinero, el amor. Y todo ello en plena juventud.

—Mi tío, el mejor «maestro» que hay en Milán—le dijo Gina Camuffo, con gran énfasis—, hará de usted, en menos de un año, un maravilloso artista.

Joaquín Romaguera creía soñar. ¿Sería posible? No cabía duda que él poseía un enorme caudal de voz y que sus

pulmones eran dos fuelles gigantes. Si era verdad que el oído se educaba, ¿por qué no podía él llegar a ser un gran cantante? Al pensar en esto, sentía una intensa emoción y calofríos por todo el cuerpo.

Al ir a despedirle sus amigos, don Remigio de la Cerda, acercándose a él, le dijo en voz baja:

—Amigo Romaguera, no los crea usted. Tiene usted voz de bacorro, y esa voz no sirve para cantar.

Joaquinito se quedó atónito; pero Rovira, que había oído las palabras del viejo tenor, le dijo:

—No le haga caso. Es su manía. Ve en tí a un futuro competidor y se muere ya de celos y de envidia.

Ya en la puerta, Ramón Carreras, el mallorquín, llamó aparte a Romaguera y le dijo con gran misterio:

—Amigo Romaguera: estas sirenas le quieren perder a usted. Corre usted un peligro terrible. El «microbio del canto»

—el *gonovoce*—es el peor de todos los conocidos hasta el día: peor que el de la gripe y el de la peste bubónica. Ha causado ya miles y miles de víctimas. Es más contumaz que el microbio de la literatura. Mírese usted en mi espejo. Más de seis años tardé yo en curarme; advirtiéndole a usted que yo soy un caso verdaderamente excepcional. Porque de esta enfermedad no sana nadie. Mire usted si será espantoso su virus, que yo mismo, olvidándome de todo, me pongo todavía algunas veces a vocalizar. Todavía está usted a tiempo. Váyase a Roma cuanto antes. Huya de este abismo.

Joaquinito Romaguera se puso intensamente pálido. El partiquino del Paralelo, adivinando lo que ocurría, acudió rápidamente en su auxilio.

—No le haga caso a ése tampoco—le dijo, abrazándole conmovido—; está muy amargado por su fracaso y le pone negro el pensar en el triunfo de los demás.

El hijo del zapatero miró desdeñosamente a don Remigio de la Cerda y a Ramón Carreras. En sus labios se dibujó una sonrisa de compasión.



El maestro de canto Ariosto Trombetta, tío de Gina Camuffo, era conocidísimo en Milán por sus habilidades y socialidades. Había sido tenor; pero perdida la voz a los cuarenta y tantos años—según él contaba, a causa de un susto; en realidad, porque se le había acabado la poca que siempre había tenido—, hacía más de quince que se dedicaba a la enseñanza del arte lírico. No se sabía de ningún cantante medianamente famoso que hubiese salido de su escuela; antes al contrario, era célebre en Milán por los ruidosos fracasos de los más de sus discípulos, algunos de los cuales habían llegado a sus manos con magníficas condiciones y habían salido de ellas sin el menor residuo de voz. Sin embargo, tales eran sus mañas y tanta la astucia de sus agentes, que siempre estaba llena su Academia, en la que no faltaban nunca algunos pupilos de la Pensión Buonini de la Piazza del Duomo, parado obligados de los más ricos estudiantes de canto que acudían a Milán. Pedro Rovira era muy amigo suyo y uno de sus «ganchos» más hábiles, a un tipo bastante alzado de comisión.

Puestos de acuerdo Gina Camuffo y Pedro Rovira, acabaron de volver loco al infeliz Joaquinito. El microbio fatal se apoderó de él y, como a todas sus víctimas, le trastornó por completo la razón. Sería cantante. Al cuerno la diplomacia, y que fuese otro a Roma en su lugar. Lo único que le preocupaba era el recuerdo de sus progenitores. El disgusto que podría tener su madre, tan ilusionada con saber a su hijo cerca del Pa-

re Santo, y la cólera en que podía estallar su padre, de cuyo hombre de muy malas pulgas y gran severidad. Pero Rovira supo convencerle de lo infundado de sus temores. Por su parte, los ojos de la «divina Gina», que iban convirtiéndose en un dulce imán para «el Quimeto», blanda como la cera en cuanto un buen palmito se cruzaba en su camino, hicieron lo demás.

El día que Joaquinito Romaguera fué presentado al «maestro» Ariosto Trombetta, éste, un viejo gordo y fofo, de blancas y ensortijadas melenas, con ostentosas sortijas en los dedos y un anacrónico chaquet, muy ceremonioso y redicho, después de un amplio interrogatorio en el que cada una de las preguntas parecía tener una importancia trascendental, le dijo así:

—Si su vocación es tan firme como parece y sus condiciones naturales son tan brillantes como me aseguran, yo haré en breve un «divo» eminente de usted. Vuelva dentro de dos días, para dar principio a su educación.

Pasadas las cuarenta y ocho horas, Joaquín Romaguera, lleno de febril ansiedad, volvió a la casa del «maestro» Trombetta. Introducido en un recibidor, se le hizo pasar luego a una habitación que, de repente, quedó completamente a oscuras. El sobresalto del «piccolo Maquiavelo» fué tan grande que estuvo a pique de obligarle a gritar pidiendo socorro. Iba ya a hacerlo, venido por el pánico, viendo que transcurría el tiempo sin salir de aquellas pavorosas tinieblas, envuelto en un silencio de tumba, cuando, de súbito, se descorrieron con gran estrépito unas cortinas negras en el fondo de la habitación. Cegado por un potente chorro de luz, al pronto no vió nada. Luego, atónito, descubrió un enorme crucifijo rodeado de cirios encendidos, al pie del cual se veía un grueso libro, con viejas cubiertas de pergamino, sobre un atril.

A Joaquinito se le erizó el pelo, y todo su cuerpo se echó a temblar. Pasados unos minutos sin que apareciese nadie, que bastaron para infundir en su ánimo un miedo cerval, surgió de pronto el «maestro» Trombetta como por un escotillón. Y sin preámbulo alguno, con voz y gestos solemnes, le dijo al empobrecido Romaguera, mientras le señalaba el misterioso libro, abierto de par en par:

—Vais a ser discípulo mío. Pero antes es preciso que juréis sobre los Santos Evangelios que no revelaréis a nadie «el secreto de la mía *impostazione*».

Joaquinito Romaguera, como un hipnotizado, descajado y lívido, avanzando un par de pasos y extendiéndola mano derecha, exclamó sordamente:

—¡Juro!

Terminada la emocionante ceremonia y corridos los negros cortinajes de nuevo, el «maestro» Trombetta condujo a Joaquinito a un vasto salón, de cuyas paredes pendían numerosas coronas de latón oxidado y secos ramos de laurel. Gina Camuffo estaba allí y acogió con la más dulce de sus sonrisas al pobre «Quimeto», todavía no repuesto del formidable susto que acababa de pasar.

Sentado a un descomunal piano el viejo tenor, puso sus dedos sobre las descoloridas teclas, con elegante ademán de «virtuoso» consumado, y volviéndose a Joaquinito Romaguera, se expresó así:

—El gran secreto de mi «impostación» está, *mío caro*, en el arte de emitir la primera nota. Fijese bien; la cosa no puede ser más sencilla ni más fácil. Abra la boca cuanto pueda, abovedándola bien; baje la lengua todo lo posible; piense en apoyar el sonido en la ternilla de la nariz, no en la frente, ni en el entrecejo, ni en la garganta, ni en el cogote: ha de ser única y exclusivamente en la ter-

nilla de la nariz; respire hondamente, contentiendo el diafragma y haciendo un poderoso esfuerzo con el estómago; y, finalmente, mirando hacia arriba, los brazos en alto, los ojos entornados y sonriendo ligeramente, ataque usted con toda naturalidad la primera nota... ¿Ha comprendido? Como ve, no puede ser más sencilla la operación.

Si Joaquinito Romaguera no hubiese estado tan emocionado, su carcajada se habría oído en San Martín de Provensals. ¡Cualquiera, teniendo que observar aquellos requisitos al pie de la letra, atacaba «con toda naturalidad» la primera nota! Pero él estaba decidido a aprender a cantar, y seguro de que todos aquellos consejos eran el evangelio del «bel canto», los escuchó con gran devoción, para grabarlos bien en la memoria y seguirlos después escrupulosamente.

Cuando terminó la primera lección, el joven diplomático estaba empapado en sudor y jadeaba como si se hubiese subido a todo correr, una empinada cuesta de varios kilómetros. Pero estaba satisfechísimo de sí mismo. Le parecía haber descubierto en su voz una extensión y unos matices que nunca había sospechado.

La «divina Gina», mirándole arrobada, le felicitó entusiásticamente. El «maestro» Ariosto Trombetta, estrechándole la mano y dándole luego un fuerte estrujón contra su pecho, le dijo:

—Es usted tenor, y tenor de primer orden. Posee usted condiciones sobrenaturales. Tenga fe ciega en mí, como yo la tengo en usted desde ahora. No vacile por nada ni ante nadie. Usted será mi obra cumbre, mi obra maestra, el orgullo máximo de mi gloriosa escuela. Dentro de nada el «do de pecho» será una tontería para usted. El «fa sobreagudo» que hacía el inmenso Rubini en «Los Puritanos», no conseguido después por nadie, lo dará usted con la mayor facilidad de este mundo en cuanto llegue el momento. ¡Una maravilla, una verdadera maravilla es su voz, *signore* Romaguera!

Joaquinito no cabía en sí de gozo; sentía ya la embriaguez de su futura gloria. El maestro Trombetta continuó:

—Pero el camino es duro, *carissimo*. Para llegar a la cumbre son necesarios grandes sacrificios. Escuche estas instrucciones y cúmplalas textualmente: nutrición abundante, con poco alcohol y ninguna pimienta; no fumar, no trasnochiar, dormir mucho, no agitarse, evitar enfriamientos, gimnasia sueca y mucho aire puro.

El aprendizaje de «divo» prometió seguir con firme voluntad aquellos consejos.

—¡Ah!—añadió el «maestro»—. ¡Y amar con mucha parquedad! El amor es el peor enemigo del canto. Cosa triste, pero indudable. Todos los grandes cantantes fueron grandes ascetas. Aquí me tiene usted a mí, que he sido siempre soltero.

Joaquinito Romaguera no pudo contener un hondo suspiro y miró melancólicamente a la sobrina del «maestro» Trombetta. La «divina Gina», llena de rubor, bajó los ojos al suelo.



Cuando el fabricante de calzado de San Martín de Provensals tuvo noticia de la «campanada» de su hijo, su primera intención fué la de presentarse en Milán para llevárselo, aunque fuese a rastras, a que tomase posesión de su cargo en Roma. Pero tan hinchada de promesas estaba la carta del «Quimeto», con tonos tan vivos pintaba la fuerza de su vocación y tan eficaz fué la intercesión de la madre—solicitada en carta aparte y con las más conmovedoras palabras—, que apaciguados los primeros arrebatos de su cólera, y pensando que la cosa no

tenía remedio, don Quirico Romaguera acabó por conformarse. Y, al fin y al cabo, ¿quién sabía? En efecto, el muchacho tenía una poderosísima garganta. Y si tenía voz, y con aquella privilegiada memoria suya se aprendía óperas tan fácilmente como antes, en la Universidad, mamotretos de quinientas páginas, ¿por qué no creer en su porvenir como cantante? Gloria por gloria, en realidad, mucho más esplendorosa y fructífera era la del «divo» que la del diplomático.

Asegurada la aquiescencia paternal, y con ella una pensión de dos mil pesetas todos los meses, Joaquinito Romaguera se sintió el amo de Milán, y a poco era ya uno de los héroes más salientes de la Galería Vittorio Emmanuele, cuya bóveda de cristal hacía retemblar frecuentemente con sus «vocalizaciones» estruendosas. Porque vocalizar, sí vocalizaba; vocalizaba a todas horas, hasta en sueños, a pesar de las Ordenanzas municipales, creyéndose ya en el Scala o en el Dal Verme. Pero sus estudios, en cambio, progresaban poco. Varios meses llevaba ya, y todavía no se había aprendido, ni bien ni mal, el aria más sencilla de la más inocente ópera. El oído seguía sin parecer. Aquella memoria suya, que hubiese dado envidia al propio Pico de la Mirandola, fallaba en absoluto ante la pauta musical. Pero Joaquinito Romaguera no desesperaba por eso. Su fe era incommovible. El terrible microbio, el «gonovoce» se le había metido hasta en la medula. El «maestro» Trombetta alimentaba diariamente su locura, lo mismo que Gina Camuffo, Pedro Rovira y demás camaradas, entre los que se consumían alegremente las dos mil pesetas mensuales de Joaquinito Romaguera.

Sólo Salvador Aymat, el tenor pensionado por el Ayuntamiento de Olot, se dolía sinceramente de aquel engaño. Lo había cobrado un entrañable cariño al «nonnato» diplomático, tan infeliz como bueno y generoso. Joaquinito estimaba y admiraba a Salvador Aymat con toda su alma. Conocía su historia. Aymat era ebanista allá en su pueblo. Descubierta por el sechantre de la iglesia la hermosura de su voz, de la que pronto se hicieron lenguas todos los vecinos, el alcalde, después de grandes discusiones con el cabildo, le llamó un día y le dijo:

—Salvadoret, dicen que cantas como «el Gayarre». El Ayuntamiento te va a costear la carrera. Y no así como así. En Italia, en Milán, que es donde dicen que mejor se enseña. Te fijaremos una pensión mensual de treinta duros. ¡Treinta duros, Salvadoret! No dirás que no somos espléndidos. Por un año. Claro que por un año nada más. Con ese tiempo creo yo, vamos, que sobra para que te aprendas bien cuatro o cinco óperas. Y cuando ganes mucho dinero espero que no te olvides de la generosidad de tu pueblo, a la que se lo deberás todo.

—Pobre Salvadoret! ¡Qué poco daban de sí en Milán los treinta duros que le giraba mensualmente el Ayuntamiento de su pueblo, a veces con grandes retrasos! Mal comido, peor abrigado, y expuesto, por tener que recurrir a «maestros» baratos, esto es, malos—los buenos cotizaban carísimas sus lecciones—, a que le viciasen la voz con defectos incorregibles de por vida, o a que se la destruyesen por completo. Y obligado, cuando, al cabo del año—plazo ridículo—, expirase su pensión, a claudicar ante un contrato leonino de cualquier agencia que le costase su carrera a cambio de una perpetua explotación inicua de su porvenir; terrible hipoteca que había sido y era la tortura de tantos cantantes famosos, que ganaban el oro a manos llenas... para los judíos a quienes se vendieron incautamente, en los días de miseria, como Fausto al Diablo. ¡Y tanto iluso y tanto fatuo que venía a Milán cargado de di-

nero, para no aprender ni siquiera a rebuznar con arte! ¡Y aquellos estudiantes de otros países, tan espléndidamente pensionados!

Joaquinito Romaguera que, a pesar de su atolondramiento y de su vanidad, se daba cuenta de lo mucho que valía Salvador y de los apuros por que pasaba, acudía delicadamente en su ayuda y lo hizo el predilecto de su amistad. Y precisamente por eso, el ebanista de Olot sufría tanto viéndole víctima de aquella taña de explotadores y de su propio error.



Gina Camuffo, que llevaba varios años soñando con debutar en el Dal Verme de Milán, logró, por fin, mediante una buena prima que el pequeño Maquiavelo tuvo que abonar a cierta agencia, un contrato para cantar tres noches «La Traviata» en un teatrillo de arrabal. No la cantó mas que una noche, y no completa, porque en la mitad del segundo acto, el público, creyendo que la desenfrenada contralto, con sus maullidos espeluznantes, se estaba burlando de él, interrumpió y puso fin a la representación, desatándose en diatribas contra la artista y tratando de ponerle fuego al teatro.

El traspies de su adorada llenó de desolación el alma de Joaquinito Romaguera. Y al día siguiente, hallándose reunido con ella y sus amigos en el café Biffi, para consolarla, le dijo, con el acento más tierno y amoroso que pudo hallar:

—No te apures. Si la gloria se te muestra esquiva a ti, la que yo alcance será para los dos, será toda tuya, Gina mía.

Ni un áspid se hubiese revuelto con tan mortal intención. Con ojos de basilisco, encrespada su cabeza como la de una medusa, espumeante la boca, con palabras como puñales empoñados, la «divina Gina», que hasta entonces había sido

siempre de miel, herida en la carne viva de su cruel fracaso, le escupió a Joaquinito Romaguera en pleno rostro:

—¡Mentecato! ¡Imbécil! ¡Desgraciado! ¡La gloria que tú alcanzas! Pero ¿es que no te has dado cuenta en tanto tiempo de que nos estamos burlando de ti? ¿Sabes lo que opina mi tío Ariosto de ti? Que un ganso tiene mejor voz que tú y aprendería a cantar antes que tú. ¿Sabes lo que dice tu amigo Pedro Rovira de ti? Que un asno, comparado contigo, es Gayarre rodívivo. ¿Y sabes lo que aseguran los demás, entre grandes risotadas? Lo mismo que tú dices de tu desdichado compatriota don Remigio: que eres el idiota más grande que hay en Milán.

Joaquinito Romaguera se quedó lívido, como si se le hubiese helado la sangre en las venas, y no supo qué contestar a Gina Camuffo, la que, echándole una mirada de desdén inaudito, salió del café. Pedro Rovira y sus amigos, anonadados ante aquella catástrofe, que nadie había previsto, sintiéndose incapaces para la menor de las excusas, se levantaron rápidamente y, sin decir ni siquiera adiós, desaparecieron también. Don Remigio de la Cerda fué el único que le dirigió la palabra:

—Como no desmienta usted lo que ha afirmado Gina, tendrá usted que batirse conmigo. ¡So... becerro!

Sólo Salvador Aymat permaneció junto al pequeño Maquiavelo. Este, arrojándose en sus brazos, con una gran congoja en el pecho, le preguntó:

—Y tú, Salvadoret, con tu corazón, ¿qué opinas tú?

Aymat le estrechó fuertemente las manos entre las suyas. Y mirándole lealmente en los ojos, le contestó con ternura:

—Quimet, que este dolor te abra los ojos. Si; tienen razón esos miserables.

Te han engañado todos hasta aquí. No sirves para cantar y debes renunciar a tus locas ilusiones. Hace ya mucho tiempo que quería decírtelo; sólo me detenía el temor de causarte este dolor. Pero era necesario, y lo hubiera hecho dentro de muy poco. Ya lo sabes. Te hablo como un hermano: créeme y cúrate.

Joaquinito Romaguera permaneció mudo y pensativo largo rato. Luego, abrazó otra vez a Salvador y le dijo:

—Gracias, amigo mío. Me acabas de devolver el juicio. Es verdad; he estado loco hasta aquí. Pero no hay mal que por bien no venga. Yo me he salvado de mi locura y para ti se ha abierto el camino. Tú estudiarás por mí. Yo te ayudaré para que llegues tú a ser lo que yo quería ser y no hubiera llegado a ser nunca.

A esto, entrando como una tromba Ramón Carreras, el mallorquín, en el café, preguntó:

—¿Qué me acaban de contar? ¿Qué ha pasado aquí?

Joaquinito Romaguera, cogiéndole por una mano y atrayéndole hacia sí, le obligó a sentarse a su lado.

—Que yo le contesté—, como tú, he sanado también. Quédate con nosotros. Vamos a celebrar los tres juntos la muerte del pícaro microbio, del que Dios nos libre y libre a todos, amén.

Enrique DOMINGUEZ RODIÑO

LIBROS RECIBIDOS

La noche mil y dos (novela), por Francisco Camba.—Nuestro ilustre compañero, el laureado autor de *La revolución de Laiño* y *El amigo Chirel*, en plena cosecha aún el gran éxito que obtuvo con su

hermosísima novela *El vellocino de plata*, obra que le consagró definitivamente como uno de nuestros primeros novelistas, acaba de publicar otro libro, por todos conceptos una de las producciones literarias más interesantes y bellas de nuestros tiempos, *La noche mil y dos*. La novela española confinada hasta aquí dentro de los estrechos límites de la observación peninsular, nutrida con temas de bajo vuelo y escasa intensidad ideológica, va entrando por más amplios senderos y adquiriendo caracteres de vasta universalidad. *La noche mil y dos* es una novela cuya lectura no se puede interrumpir una vez empezada. Folletín interesantísimo y lleno de emoción, a la vez que obra de arte, del más alto valor literario, esta última producción de Francisco Camba está llamada a constituir un éxito extraordinario.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

Lea usted las obras del gran novelista

GUIDO DA VERONA

cuyas novelas poseen un estilo inquietante y una exuberancia verbal e imaginativa, con los que nos describe los más bellos tipos de mujer en sus novelas de amor, que le han colocado a la cabeza de los escritores más leídos de todas las lenguas.

En todas las librerías de España y América.

Pedidos directamente:

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

— APARTADO 502.—MADRID—



ARGENTA

Luz más hermosa y más decorativa para el comercio, casinos, particulares, etc

Al por mayor: ADOLFO HIELSCHER, S. A.

Almacén de material eléctrico

MADRID: Calle del Prado, 30.—BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.221

QUIOSCO

DE

EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALA
ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1.50.—Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

